



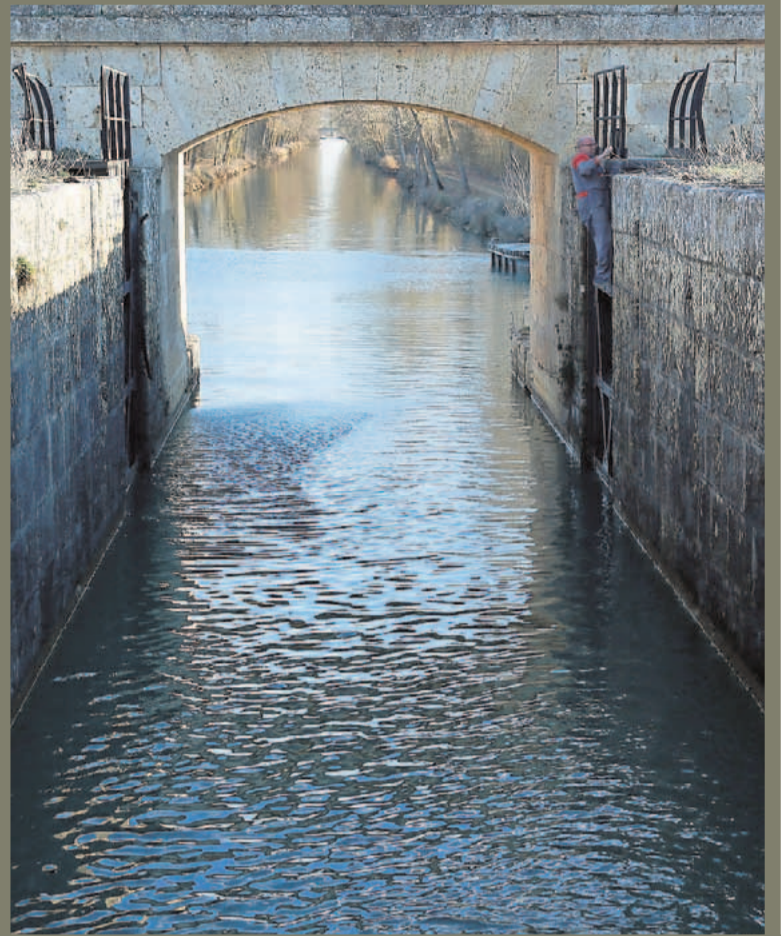
## SOBRE EL AUTOR

► **Gustavo Martín Garzo.** Psicólogo de profesión, cuando recibió en 1994 el Premio Nacional de Narrativa por su novela 'El lenguaje de las fuentes', ya gozaba de prestigio en los ambientes profesionales gracias a sus tres novelas anteriores, pero también debido a sus críticas literarias y a su vinculación con la revista 'Un ángel más'. Sin embargo, Martín Garzo se volvió un autor popular en 1999, tras la obtención del Premio Nadal por 'Las historias de Marta y Fernando'. Nacido en 1948 en Valladolid, se confiesa hombre metódico y sin prisas. Nunca ha abandonado su ciudad. «Cualquier lugar, ha escrito, contiene el mundo entero, los mismos conflictos, los mismos anhelos. Basta con saber mirarlos».

► **Su universo creativo.** El escenario privilegiado de Martín Garzo es Valladolid, de donde no se ha movido nunca. En casi todas sus tramas «realistas» aparece un mundo rural repleto de magia, iniciaciones y personajes casi arquetípicos, residuo de la infancia del propio autor, cuyo mejor ejemplo es Villabrágima, pueblo castellano situado en Tierra de Campos, junto a Medina de Rioseco, que es una de las referencias básicas de su literatura.

► **Premios literarios.** Premio Castilla y León de las Letras 2008. 'Tres cuentos de hadas', Premio Nacional de Literatura infantil y juvenil 2004. 'El amigo de las mujeres', Premio Emilio Hurtado 1991, en León, al mejor libro de relatos. 'El lenguaje de las fuentes, Premio Nacional de Literatura', 1994. 'Las historias de Marta y Fernando', Premio Nadal, 1999, entre otros.

Próximo jueves,  
19 de marzo,  
Jesús Ferrero en  
Santa María  
de Moreruela (Zamora)



▲ Esclusa del Canal de Castilla de Tamariz de Campos.

→ mo lugares, sin la amenaza de esos diminutos e insaciables insectos. Y nada más grato que hacerlo así, porque en la actualidad el Canal de Castilla es lo más parecido a un bello y algo abandonado jardín, que es como deben ser los jardines. Tierra de Campos no parece desde sus orillas la tierra árida que evoca su nombre, sino un valle verde, recorrido por cursos de agua poblados de inesperada vida. Las aguas del Canal discurren mansas y apacibles y en su superficie se reflejan las nubes y el cielo. Nubes blancas y cielo azul, hay que decirlo así a pesar de la obviedad porque en ningún otro lugar del mundo he encontrado una blancura y un azul más puros. Una blancura y un azul que hablan del origen de los tiempos, de una tierra acabada de crear donde se vuelve a asistir a la infancia del mundo. Eso es el Canal, un río mental que parece surgido de los dibujos de un niño, pero también lleno de secretos, o al menos es lo que nos parecía a nosotros cuando, al sorprendernos la noche en sus orillas, la presencia del agua nos hacía pensar en criaturas extrañas emergiendo de su reino ignorado.

Pero era al terminar el verano, y tener que regresar a Valladolid, cuando estos sentimientos se hacían más intensos y la nostalgia por todo lo que íbamos a dejar atrás nos llenaba de congoja. Allí estaba el campo interminable, el bello canal con las aguas quietas y los árboles que al atardecer bullían de pájaros. Estaban nuestros amigos y amigas del pueblo, que se quedarían allí mientras nosotros regresábamos a la ciudad. Yo era como la madre de Ana, la adolescente de mi novela, cuando recuerda su propia infancia y cree ver en aquellas tardes pasadas con sus amigos a orillas del canal el umbral de esa otra vida que tal vez pudo pero que no llegó a tener, una vida

**Aún recuerdo aquellas excursiones por el monte, cuando éramos niños, montados en burros, y las aventuras con palos y tiradores**

**Tierra de Campos no parece desde sus orillas la tierra árida que evoca su nombre, sino un valle verde, recorrido por cursos de agua**

hecha a la medida de sus deseos más secretos. «Estábamos a finales de mayo y aún no hacía calor. Una pareja de oropéndolas había hecho un nido en un árbol cercano y Alejandro nos llevó para enseñárnoslo. Descendieron súbitamente del aire y vimos el resplandor de oro de sus plumas entre las ramas verdes. Sara, al verlas, volvió la cabeza y me sonrió, mientras Alejandro nos abrazaba por detrás. Era mucho más alto y fuerte que nosotras y pensé que podría matarnos si quisiera. No pensaba en la muerte como daño, sino como una vida más escondida, la vida que habríamos podido llevar a espaldas de todos en aquel lugar. El sol iluminaba la orilla llena de árboles, haciendo brillar los brotes verdes y blancos, y un olor pegajoso flotaba en el aire. A lo lejos se veían los destellos de las porcelanas que recordaban los cables eléctricos que recordaban pequeños hombrecillos». ¿A que tú también, amable lector, hubieras querido estar en un lugar como ese?



▲ Dársena del Canal en Medina de Rioseco, con la fábrica de harinas de San Antonio a la derecha.